



CAPÍTULO IV.

NUEVOS DOCUMENTOS SOBRE LA MATERIA ANTERIOR.

I.

PARA declarar cumplidamente cuanto dejaron escrito los autores de nuestro siglo de oro, en orden á la piedad de Felipe II, sería menester obra grande, nó de uno, sino de varios volúmenes. Mucho queda ya atrás insinuado acerca de tal materia; pero, no obstante, quiero caminar aún por esta senda más largamente, para que se vea con toda certeza cómo la NUEVA LUZ no hizo sino decir verdad en ello; pero no canonizar al Prudente Monarca, como algunos escribieron. Refieren los citados testigos, oculares y de oficio, que nuestro D. Felipe tuvo hasta la hora misma de la muerte especial diligencia, no solamente por la limpieza de su alma, sino por la honestidad del cuerpo hasta para después de muerto. Porque, según las declaraciones juramentadas de D. Cristóbal de Mora, dejó dispuesto S. M., que una vez finado no le descubriesen para embalsamarle, y cuando le mudasen las ropas interiores en el acto de amortajarle, no se hallase nadie delante, sino el susodicho caballero. Y así, encargó que con su cadaver se procurase todo recato y la mayor limpieza ¹. ¿Y quién podrá dudar

¹ «Y no paró aquí el cuidado, que aun por su grande honestidad ordenó para despues de muerto, que no le descubriesen para abrirle, y que para vestirle otra camisa y ponerle las demás cosas para enterrarle,

sino que tales disposiciones del gran Monarca denotan por sí solas el grande amor que tuvo á la virtud de la castidad, siendo soltero, casado y viudo? Las anécdotas echadas á volar en nuestros días contra la castidad y limpieza de D. Felipe, no tienen fundamento alguno, pequeño ni grande, como no sea en la célebre *Apología* de aquel su enemigo implacable, el príncipe de Orange, la cual fué siempre sospechosa y de ningún valor para todo buen crítico, sin exceptuar siquiera el testimonio de muchos autores protestantes. Igual censura merecen las *Relaciones* de Antonio Pérez, desleal á su rey y vendido á naciones extranjeras ¹. Así se comprende presto, que D. Felipe II en viéndose apretado por las circunstancias y dificultades grandes del gobierno de sus reinos tan dilatados, acudía, como se ha visto, con mucha instancia á la oración, tanto propia como de los varones santos y corporaciones religiosas. Y no se contentaba con las plegarias particulares de muchas almas amigas de Dios, sino que ordenaba súplicas y procesiones públicas, para

no quiso que estuviese delante, sino el dicho D. Christoval, yassi lo mandó, procurando en todo guardar honestidad, aún despues de muerto.» *Testim. Autént.*, de Cervera; pág. 121. Y es hoy notorio á todo hombre docto, que en D. Felipe II no ahogaban los negocios terrenales á los del alma, que importan harto más, como fácilmente se ve en los documentos y libros de su tiempo. Desde Lisboa á 4 de Junio de 1582, escribía S. M. á las Infantas sus hijas así: «No pude responderos con el correo pasado, y aún oy no fuera mucho ser lo mismo, porque como han sido estos días ocupados de visperas, antier y ayer de misa de pontifical y oy de sermon quedóme mucho que hazer para esta tarde. Oye my hermana los Oficios desde una ventana junto á la que yo tengo, y mi sobrino y yo abaxo en la capilla.....» *Lettres de Philippe á ses filles*.... par Mr. Gachard, pág. 175.

¹ De la citada *Apología*, dice Mr. Watson, grande enemigo asimismo de Felipe II, lo siguiente: «Si se nota demasiado calor en el estilo, poca mesura en las expresiones, *i se dan por ciertos i berdaderos* echos de que los istoriadores contemporáneos ablan con reserba i zircunspeccion, tengase presente cuanta debia de ser la indignazion del prinzipe y le servirá de disculpa. *Istoria del reinado de Felipe II, rey de España*, escrita en inglés, por Mr. Watson: version española: vol. II; pag. 139. Madrid, 1822.» Por lo demás, no hay quien ignore que la *Apología*, tan celebrada de librepensadores, masones y protestantes, fué, y sigue siendo, la fuente de agua cenagosa en que beben los enemigos del Rey Prudente, para calumniar y ennegrecer su augusta y colosal figura.

humillar y abatir mediante el divino auxilio á los infieles, herejes y demás enemigos de la religión católica, única verdadera. Véase si nó en qué términos y conceptos de santa fe y piedad, propiamente española, se dirigía en 1595 al Cabildo Primado de Toledo:

«El Rey. Venerable Provisor ó Vicario general del Arzobispado de Toledo Sede bacante, Su Santidad ¹ ha concedido el jubileo que con esta os ymbio por las causas y razones, y para el fin que por el vereis, y deseando yo que en estos mis reynos con particular cuidado y exemplo se hagan las diligencias necesarias para ganalle, y que con puras y limpias conciencias, se suplique á nuestro Señor se apiade de su Iglesia, y ponga fin á tantos y tan grandes daños como los ynfieles y ereges, por tantas partes y maneras yntentan y procuran siempre, y en este tiempo con mayores confederaciones y atrevimientos, y que por su bondad las traya á su verdadero conocimiento, en lo cual os ruego y encargo pongais en esa diócesis (*sic*) el atencion, cuidado y los medios que la causa pide, multiplicando las plegarias, preces y oraciones, y acompañándolas con algunas procesiones generales y particulares, que yo confío de vuestra prudencia, religion, voluntad y gran celo, con que acudis á las cosas del servicio de Dios, nuestro Señor y mio, que ordenareis y pondreis en execucion, lo que será de más eficacia para alcanzar lo que se pretende, que en ello me servireis, de Madrid á 15 de Hebrero de 1595 años.—Yo el Rey—por mandado de el rey nuestro Señor—Juan Lopez de Velasco» ². Dejando de lado la unción cristiana y grande religion que en cada cual de las palabras de este documento se manifiesta, resulta además que el Rey Prudente no intentaba con sus guerras destruir por caprichosa vanidad á los enemigos de la Iglesia de Dios, como se suele aseverar, sino que sus fines principales eran resistirlos y refrenarlos conteniéndoles en su carrera contra la civilización del Evangelio y la Cruz de Cristo. Porque conocía muy bien aquel gran

¹ Se refiere al Papa Clemente VIII que por este tiempo gobernaba la nave de S. Pedro.

² Archivos particulares del Cabildo de Toledo; libros de Actas capitulares correspondientes al año de la fecha.

Monarca el deber sacratísimo que tiene la espada temporal de hallarse siempre muy presta á desenvainarse para defender á la espiritual, que es el catolicismo ó la verdadera Iglesia de Dios ¹.

No podía aquel gran Soberano esconder la piedad cristiana que rebosaba de lo interior de su corazón, y le enardecía el alma, sinó que la manifestó de mil maneras en las épocas todas de su vida, sin excluir las ya consabidas en que sus enemigos le pintan envuelto en vicios y deshonestidades que nunca tuvo. De suerte que allá en principios del año 1563, dió pruebas muy públicas de sólida piedad, en Alcalá de Henares, ciudad entonces famosísima en todo el orbe, y donde brillaban como el sol, á la sazón, las ciencias y las artes. Y eso que eran aquellos tiempos en que más en boga y vida andaban la Inquisición, los frailes y la intransigencia. Agradecido el Rey al favor grande que por intercesión de S. Diego recibió del Cielo en la persona de su hijo tornado sano, cuando estaba moribundo, quiso, como en otra parte queda indicado, promover la gloria de aquel humilde lego de S. Francisco. Y al efecto, después de veneradas las sagradas reliquias públicamente, y dado ejemplo de fe católica y mucha devoción en la susodicha ciudad, tornó á Madrid, desde donde dirigió al Sumo Pontífice Pio IV la carta siguiente, que viene á ser una prueba más de cuanto voy declarando. Dice así. «Muy Santo Padre ². Aunque vuestra Santi-

¹ Razón tuvo aquel famoso y sabio decano de la academia y teólogos salmantinos en el siglo XVI, León de Castro, para decir á Felipe II en escrito público y celebrísimo, que «Dios le habia llamado al trono para reprimir las catervas insolentes de los enemigos de la fe, defender la doctrina de la Iglesia y propagarla por tierras lejanas y remotas. Para lo cual consérvete Dios, oh tú, el máximo de los reyes, á fin de que puedas extinguir de raíz las desordenadas falanges de los herejes hermanos de los judíos.» «*Servet te Deus regum maxime, ut possis ecclesiasticam doctrinam retinere, novas doctrinas in últimas terras amandare; sic enim fiet ut Haereticorum catervas, qui fratres judaeorum sunt, penitus valeas extinguere.*» *Apologéticus pro lectione apostólica et evangelica...* Authore Leone Castro pág. 10 (en la dedicatoria). Salmanticae, 1585.

² En esta carta podrá cualquiera notar presto que el Rey Prudente amaba con amor de padre tierno y solícito á su hijo el Príncipe D. Carlos; del cual han dicho la novela y la pasión heterodoxa haber sido siem-

dad debe tener bien entendido lo que pasó en la grave enfermedad del Príncipe, mi hijo; todavía he mandado al Comendador Mayor de Castilla, mi Embajador, que refiera á Vuestra Santidad lo que Dios obró por medio del Santo Fr. Diego (cuyo cuerpo está sepultado en el monasterio de San Francisco de Alcalá de Henares) que fué tanto, que se puede bien afirmar aver sido un notorio milagro; pues estando ya el Príncipe en lo último y sin ningún género de remedio humano, fué nuestro Señor servido de le guardar, según piadosamente creemos, por los méritos y intercesión de aquel santo ¹. Y porque en reconocimiento de ello y de las gracias que debemos dar á Dios por tan singular beneficio querríamos y deseamos, que para gloria suya, el dicho santo Fr. Diego fuese por V. Santidad canonizado, avemos dado cargo al dicho Comendador Mayor, que acerca de ello hable á V. Santidad lo que de él entenderá, y que le presente las cartas y comprobaciones y testigos que

pre el blanco de los tiros y odios paternas, que jamás tuvieron realidad. Hondo é intenso pesar mostró Felipe II, cuando en Alcalá vió á su hijo á las puertas de la muerte; más hondo y más agudo sentimiento le hirió el alma en aquella hora en que los excesos y la locura verdadera del Príncipe le obligaron por necesidad y razón de Estado, á encerrarle no en calabozos, sino en habitación regia, grandemente aparejada de criados y mueblaje, en su propio alcázar, do murió víctima de su mental enajenación. Véase Gachard: *Le Prince D. Carlos*. cap. XII y XV: y además: NÚEVA LUZ: segunda parte; cap. X.

¹ Nótese mucho la precisión teológica con que el rey expone el suceso atribuyendo, como es justo, á la Omnipotencia divina la virtud de hacer milagros, y muy particularmente por la intercesión y merecimientos de los santos, sus amigos y fieles servidores. Con Felipe II andaba también muy empeñado el Príncipe Carlos, agradecido, para que fuese adelante la canonización de S. Diego. Por lo cual en 1566 el Comendador Mayor de Castilla le escribía diciendo: «V. A. hará mandar á algun buen latino que haga el oficio del Santo Fr. Diego, y que se envíen con el proceso juntamente con el día de su muerte, para que en él se ponga su fiesta. Y si no se supiese el día de su muerte, será bien que V. A. mande que se ponga en el día que el cuerpo del dicho santo fué traído á V. A.» Véase el tomo III de los *Opuscul. de Ambrosio de Morales*: pág. 201. Madrid, 1793. En el tomo vigésimo de la *Colección de libros Españoles raros ó curiosos*, donde se halla la correspondencia de Felipe II y Requesens, su Embajador en Roma, no consta esta carta; y las dos que hay allí de D. Carlos son comendaticias, y ajenas á esto.

Vuestra Santidad verá de las justas causas que para ello concurren. Muy humildemente suplico á V. Santidad le mande dar grata audiencia, y creerle como á mí mismo en lo que acerca de este particular le dixere. Y conforme á ello tenga por bien V. S. de canonizar á dicho santo Fr. Diego, y que se comiencen luego á hacer las diligencias que á la canonización han de preceder; pues la vida que hizo mientras estuvo en este mundo, y los muchos y continuos milagros que ha hecho y haze después que murió, dan evidente prueba de su santidad, y de como está gozando de Dios: que demás será para servicio y gloria suya, y gran confusión para los hereges, yo y el Príncipe por este respeto y por la gran devoción que con tanta razón avemos cobrado á este Santo, lo recibiremos en tan singular favor y gracia como lo encarecerá á V. S. el Comendador Mayor de nuestra parte, por no cansar con más larga carta á Vuestra Beatitud. Cuya muy santa persona nuestro Señor guarde al bueno y próspero regimiento de su universal iglesia. De Madrid á 28 de Febrero de 1563. De Vuestra Beatitud muy humilde y devoto hijo D. Felipe, por la gracia de Dios, Rey de España, de las dos Sicilias, y de Jerusalem, que sus santos pies y manos besa. El Rey» ¹. En asuntos y propósitos tan píos y cristianos empleaba el tiempo D. Felipe en aquella época de su vida, cuando los enemigos mansos le ofrecen dando lugar á excesos y escándalos, tan apartados de su grandeza y honestidad, como el día de la noche.

Ni paró en esto el celo de Felipe II por acrecentar la gloria del humilde lego de San Francisco acá en el mundo; porque, según enseña el P. Fr. Pedro de Salazar, murió el Papa Pío IV, repitió la misma súplica de canonización cerca de los Pontífices S. Pío V, Gregorio XIII y más tarde mediante D. Enrique de Guzmán, Conde de Olivares, su embajador, con el Papa Sixto V. El cual «loando el cuydado religioso del mismo Rey, tan perseverante en este negocio, desseava satisfacer

¹ *Crónica de la Religión de N. P. S. Francisco*: sexta parte; lib. III: capítulo XXIII; pág. 422: Madrid, 1725. Escribió esta obra el R. P. Fray Eusebio González de Torres, y la dedicó al Comisario General de toda la Orden el Rmo. P. Fr. Juan de Soto.

á su petición tan piadosa, en quanto según Dios conviniese»¹. Puso, pues, el Papa la postrera mano á tal asunto: cerróse el proceso de canonización de S. Diego, y según testimonio de los doctísimos Peña y Galerinio que largamente trataron este punto, asistieron á la solemnidad magnífica, que al efecto se celebró en Roma, muchos cardenales y prelados superiores é inferiores. Era cosa de grande admiración contemplar la riqueza de ornamentos y vestiduras santas que entónces se ostentaron, merced á la generosidad y munificencia del gran Felipe, y el concurso de tantos nobles y poderosos como allí se reunieron, para dar realce al acto pontificio². Otra gracia singularísima concedió el susodicho Pontífice á la piedad de D. Felipe, que fué enviarle el mismo altar santo en que celebró la Misa de canonización en la mañana que tuvo lugar. Lo cual recibió Su Majestad con sumo reconocimiento, y quiso que lo poseyesen los frailes de S. Francisco en Alcalá de Henares. Y cuando hubo el monarca la noticia de la canonización, por correo que despachó su embajador desde Roma, dió muestras de extraordinario regocijo. Porque desde luego comunicó su alegría no solamente á la corte, sino á todos sus reinos. Los cuales celebraron la nueva, con grandes fiestas, iluminaciones, fuegos artificiales,

¹ «Como Pio IV muriese no dexó el mismo Felipe Rey con los Pontífices que sucedieron, Pio V y Gregorio XIII de felice recordación, de hazer instancia... Luego como Sixto V fué electo en Sumo Pontífice como el mesmo Rey Felipe, no aviéndose resfriado por alguna via el zelo de su fé, suplicó de Sixto V. quisiese concluir con cossa tan deseada del y de toda España como era canonizar á S. Diego.» *Historia de la fundación y progreso de la provincia de Castilla del bienaventurado S. Francisco*: por el P. Fr. Pedro de Salazar: lib. III, págs. 192 y 193: Madrid, 1612.

² «Asistieron á ella 43 Cardenales; Arzobispos y Obispos, cerca de 40; y de otros prelados inferiores, hubo tanta copia, que apenas puede reducirse á número. Los ornamentos de la Basílica, doseles, estandartes, alfombras, capas y demás sagradas vestiduras, assí para S. Santidad como para los demás ministros, todo fué selecto, grande, precioso, magnífico; y en suma, efecto del real ánimo de un Felipe II, que en funcion tan piadosa, quiso hazer ostentacion en medio del orbe christiano, de los tesoros de su magnificencia y gratitud, en obsequio de S. Diego.» *Cronic. de toda la Orden de N. P. S. Francisco*: lib. III, cap. XXIII, págs. 425, por el R. P. Fr. Eusebio González de Torres.

y continuados repiques de campanas¹. Asistió después á la solemnísimas fiestas y procesiones que con tal motivo se celebraron en 10 de Abril de 1589, en la complutense ciudad, llevando en su compañía á su augusta hermana la Emperatriz y á sus Altezas el Príncipe D. Felipe y la Infanta Doña Isabel, con muchos Grandes y Títulos del Reino; y así en las vísperas como en la procesión y demás actos religiosos, mostróse el Rey verdadero ejemplar de piedad y devoción². Enseñalo bien claramente el religioso cronista, cuando dice: «A la puerta del convento aguardaba Su Maj. con su hermana y con sus hijos, y entraron acompañando al Santo hasta dexalle puesto en el altar del Mausoleo, de donde le habían baxado, dando muestras el christianissimo Rey de sus entrañas tan catholicas y de la devocion que tenía á este Santo y á toda la Orden de N. P. San Francisco, haziendo mil favores al General de ella en su nombre»³.

Y para manifestar mejor el Rey su devoción á S. Diego y la gratitud extraordinaria que guardaba á los beneficios recibidos de Dios, por intercesión del Santo bendito, quiso que además de todo lo hecho fuese reedificada la capilla en que descansaba desde el reinado de Enrique IV, á cuyas expensas se había erigido. Y resolvióse más y más á ello, cuando ya muerto el Príncipe D. Carlos, logró salud y vigor corporal su augusto hermano D. Felipe, con grande admiración y consuelo

¹ «Luego pues que recibió la referida noticia, mandó publicarla con lenguas de fuego y de campanas; iluminando con aquellas toda la Corte, y extendiendo con los alegres repiques de estas, la alegría de su corazón á los de todos sus vasallos.» *Chronic.* lib. y cap. citados, página 426.

² «Vino á ella el muy devoto Rey, (escribió Cetina allí presente) como lo tenía ofrecido, y en su compañía truxo á la Maj. Cesárea de la Señora Emperatriz, Doña María, su hermana, y á SS. AA. del Príncipe don Felipe, y de la Señora Infanta Doña Isabel, sus hijos... Halláronse en estas Vísperas, Sus Majestades y SS. Altezas, los cuales después de ellas subieron á ver y á adorar el Cuerpo del Santo... y este mausoleo, ó túmulo glorioso, estaba cubierto de muy ricos doseles de brocados de la recámara de Su Maj. y de la misma manera estaba colgada la capilla é iglesia.» *Chron.* lib. y cap. cit. págs. 427.

³ El historiador Cetina en la *Cron.* lib. y cap. antes dichos, págs. 430.

del Rey, su padre. Y en breve plazo fué renovada dicha capilla, y el cuerpo del humildísimo Santo colocado en lugar más digno, y con mayor decencia ¹. Y por no cortar el hilo de lo que se va narrando, debe apuntarse aquí también, que la ciudad de Córdoba, corriendo el año 1595, suplicó de la piedad de D. Felipe alguna reliquia de aquel Santo bienaventurado, para colocarla y darle culto en el célebre convento de la Arrizafa. El Rey Prudente, al efecto, «escribió al M. R. P. Fr. Antonio de Mendoza, provincial entonces de Castilla, la siguiente carta, que yo copio gustoso, porque puede servir de espejo de piedad á cualquiera principe catholico» ². Dice así: «El Rey. Venerable y devoto P. Provincial: por parte de la ciudad de Cordova se me ha suplicado que yo intercediesse para que se les dicesse un hueso del glorioso S. Diego de Alcala con deseo de tenerlo en el monasterio de la Arrizafa, donde dizen que tomó el avito: y pareciendome peticion devota y piadosa he condescendido con ella. Y assi os encargo que en recibiendo esta procureis con cuydado que se saque algun hueso de esse santo cuerpo, y que se entregue á la persona que la dicha ciudad embiare, ó al Provincial de aquella provincia que haze instancia en lo mismo, juntamente con testimonio autentico para su satisfaccion, que yo holgaré que en esto la tenga aquella ciudad y en que con tal prenda se autorize la devocion de ella y su comarca y la veneracion que se le debe; y quedaré de ello servido; y en que me aviséis de lo que se hiziere. Del Pardo á

¹ «Hizole el Santo el estupendo favor de dar salud milagrosa al principe D. Carlos su hijo..... y aviendo correspondido el gran monarca con el obsequio inestimable de dexar canonizada su santidad, vuelve San Diego á obligarle, como á boca llena lo confesaba el mismo rey, con la conservacion de la vida del nuevo principe D. Felipe, que se criaba enfermísimo, y de quien pendian todas las esperanzas del reino..... reconocido al nuevo favor intentó desempeñarse en nuevas demostraciones de gratitud, ofreciendo con larga mano las expensas para que renovada la capilla antigua del santo se colocasse con mas decente veneracion..... y se concluyo brevemente dexandola con alguna mayor capacidad.» *Chronic. seráf.*, lib. III, cap. XXIV, pág. 432.

² R. P. Fr. Eusebio González de Torres. *Chronic. sexta parte*, página 302.

29 de Noviembre de 1595. Yo el Rey» ¹. Por todo lo cual se va patentizando como el Monarca Prudente dió testimonio de grande piedad durante los años todos de su larga vida.

II.

CONTINUACIÓN DEL PUNTO.

No es, por tanto, maravilla que los escritores contemporáneos de Felipe II, y varones autorizados hayan testificado al mundo con sus verídicos asertos que la piedad gobernaba de continuo las acciones, palabras y pensamientos del Monarca español. El Cardenal Ascanio Colonna, entre otros, celebrándose aquel acto lúgubre y solemne, de que en otras partes se hizo mérito, predicó, presente el Vicario de Cristo y los purpurados del Santo Colegio, como arriba vimos, que el Rey D. Felipe se había señalado mucho en refrenar y vencer con las virtudes de piedad y de templanza les ardores de la milicia, haciendo en la paz poco ó ningún aprecio de la gloria adquirida en los campos de la guerra. Y ésto de forma tal, que supo sobrepujar con la dulzura de la paz la fama que á su nombre trajo la virtud y fuerza de las armas ². ¿Qué importa que los

¹ «Aviendo tenido su debido efecto la real piedad de tan gran monarca se dio á este convento una canilla del cuerpo del santo» *Chronic.* libro III, cap. III, págs. 102 y 103. Son por demás numerosas las iglesias, catedrales y monasterios que fueron enriquecidas con alhajas, ropas y reliquias de santos, por mano y disposiciones de D. Felipe. El gran cenobio escurialense, sobre todo, ostenta dos grandes relicarios con cuerpos enteros de santos y otras numerosas reliquias venerandas en la iglesia, sin contar el Camarín famoso que llaman de Santa Teresa, donde se conservan muchas más, contándose todas juntas con sus auténticas por millares. Son por otra parte interesantes auténticas tales, pues se ofrecen firmadas por varios santos y varones celebérrimos de aquel siglo.

² «Philippus militarem furorem et temperantia cohibuit, et pietate vicit; et ut ille gloriam in bello adeptam, in pace effudit, ita hic nominis famam armorum virtute partam pacis temperantia superavit.» Ascanii S. R. E. Diac. Cardin. Columnae *Oratio in funere Philipp. Secund.* Romæ M. D. IC.